

HERMANOS

No quieres seguir escuchándola, te trae demasiadas imágenes que has luchado por borrar de tu cabeza.

Pero tu vecina insiste en contarte que es una pena ver el coche ahí, abandonado en la plaza de garaje y que si no lo usas acabará muriéndose.

Eso te dijo, “muriéndose”. Y como si de un interruptor se tratase encendió tus alarmas. Te pitaban los oídos, te temblaban las piernas, la calle te daba vueltas y tuviste que sujetarte a la pared y respirando a duras penas balbucear un entrecortado y apresurado: “aaadíos, lo siento, tengo mucha prisa”.

Notas un nudo en la garganta, la boca seca y los ojos se te han llenado de lágrimas. No ves ni por dónde andas, sólo quieres irte de allí, llegar a cualquier sitio y ponerte a salvo. Entrás al primer bar que encuentras, pides un café y a trompicones llegas al baño. Cierras la puerta y te apoyas en la superficie fría de los azulejos aplastando el sudor de tu espalda.

Relajarte, sacar esa bolsa que llevas desde hace dos años doblada en el bolsillo y meter tu cara en ella y respirar dentro hasta que tu respiración se vaya acompasando de nuevo, se normalice.

No puedes resistir la idea de no verle. De sobra sabes que tú eres el responsable de su muerte. Da igual que te digan que fue un accidente, que quieras convencerte de que esas cosas pasan -que quieras convencerte a golpe de terapias- . Que nunca hables de eso.

Tenías que haberle acompañado, por algo te lo pidió. Seguro que no se sentía confiado con el coche tan recién estrenado, además llovía.

Pero preferiste pensar que era un miedo absurdo al igual que no quisiste oír a tu madre desaconsejándote ese regalo por muchos dieciocho años que cumpliera y fueras su hermano mayor y además su padrino.

Mientras luchas por respirar y no morirte se te olvida cualquier otro pensamiento.

Mercedes Lázaro